

PAZ VELASCO DE LA FUENTE

HOMO

EL CRIMEN A UN CLIC:

CRIMI

LOS NUEVOS RIESGOS

NALIS

DE LA SOCIEDAD ACTUAL

La delincuencia y sobre todo los crímenes violentos tienen una presencia diaria en nuestras vidas porque revelan la sociedad en la que vivimos. A través de los medios de comunicación, el ciberespacio y las redes sociales vemos las imágenes de las víctimas, la escena del crimen, el desarrollo de la investigación policial, las declaraciones de los investigados, las sentencias, y así se nos ofrece el crimen desde múltiples perspectivas.

Si bien muchos delitos siguen siendo los mismos que antaño, otros son absolutamente nuevos. Lacassagne sentenció que «cada sociedad tiene la delincuencia que se merece», y quizá estuviera en lo cierto, pues el avance como especie y colectividad ha creado nuevas formas de criminalidad y delincuencia tan diversas como: los *copycat killers*, el sicariato femenino, la misoginia online de los *incels*, los *lpredators*, los pedófilos digitales..., temas inquietantes de los que se ocupa este sorprendente libro, un análisis actual de la agresión humana y la violencia.

*A mi hermano José Enrique. Alma, corazón y
vida*

*A quien habita tras el espejo cada uno de mis
días*

La gran paradoja del mal es que sabe simular a la perfección el bien más noble y honesto.

PAZ VELASCO DE LA FUENTE

Todo lo que eres depende de tres factores: de tu herencia, de tu ambiente y de lo que tú hayas hecho, en libre elección, con tu herencia y tu ambiente.

ALDOUS HUXLEY

1

Homo criminalis: el homicidio^[1] como parte de la historia de la humanidad

Cierren los ojos un instante y piensen si alguna vez han contemplado la posibilidad de asesinar a alguien. ¿Sabían cuántas personas en promedio han pensado, han contemplado la posibilidad de asesinar a alguien? Más de un 90 % de los hombres y un 84 % de las mujeres.

EDUARD PUNSET,
entrevista a David Buss^[2]

Quizá nos hemos olvidado de lo peligrosa que era la vida en otros momentos de nuestro pasado, o quizá la memoria cultural ha blanqueado nuestros recuerdos hasta borrarlos. La violencia, la crueldad, la brutalidad y el asesinato han convivido a diario con nuestros antepasados en guerras, genocidios, ejecuciones públicas, caza de brujas, sacrificios rituales y muertes institucionales.

Como ejemplo, el símbolo emblemático del Imperio romano. En el Coliseo de Roma murieron miles de personas ante una enfebrecida audiencia que consumía en masa auténtica crueldad: mujeres desnudas violadas ante los vítores del público, hombres y mujeres atados que servían de alimento a fieras hambrientas, prisioneros que luchaban a muerte para sobrevivir, mutilaciones en directo, o la repre-

sentación de relatos mitológicos como el de Prometeo en el que un hombre era encadenado y un águila adiestrada le arrancaba el hígado. Pan y circo. Siglos después llegó la tortura institucionalizada a herejes y la quema de miles de mujeres acusadas de brujería en Europa entre 1450 y 1650. Un momento de nuestra historia en el que el brazo de la Iglesia y las supersticiones ancestrales acabaron, de nuevo, con la vida de millones de personas inocentes.

Son solo dos ejemplos de la ferocidad de nuestro pasado.

Pensar que hay monstruos sueltos por el mundo es mucho más sencillo que aceptar que los verdaderos monstruos habitan en nosotros. De esta manera tratamos de minimizar nuestra capacidad para hacer daño a otros porque nuestro raciocinio busca a esos malvados entre los demás, quedando así nuestra conciencia más tranquila. Al pensar que somos buenos, estamos subestimando nuestra capacidad de hacer daño a otras personas, convenciéndonos a nosotros mismos de que los asesinos son hombres y mujeres inadaptados con claras patologías que los llevan a matar. Sin embargo, en la gran mayoría de los casos, estos crímenes los perpetran personas que, hasta ese día, nos parecían absolutamente corrientes, adaptadas socialmente y con la apariencia de ser bondadosas e inofensivas. Pero no nos engañemos. Todos los monstruos que nos rodean son humanos.

En el pasado, la capacidad de matar de la que nos ha dotado nuestra naturaleza fue una herramienta para que sobreviviéramos, y en el presente seguimos matando por muy diferentes motivos; el trabajo del criminólogo, por tanto, es seguir investigando el porqué. ¿Acaso todos nosotros nacemos siendo *asesinos potenciales*, estando esa capacidad latente y siendo inherente a nuestra propia humanidad?, o, por el contrario, ¿las experiencias vividas, los traumas y trastornos mentales que marcan nuestras vivencias convierten a algunos sujetos en asesinos?

La agresión humana y la violencia son productos de la historia evolutiva de la especie, siendo respuestas efectivas a los desafíos a los que se enfrentaron nuestros antepasados ancestrales en sus diferentes entornos^[3].

EVOLUCIÓN, VIOLENCIA Y HOMICIDIO

Los humanos matan por diferentes razones y variados motivos. En ocasiones lo hacen para lograr sus metas, objetivos o fantasías; en otros casos, para proteger a sus familias, para obtener cosas que creen que necesitan sin importar el precio, y la mayoría de las veces «para lidiar con emociones tan básicas como la ira, los celos, la lujuria y la codicia, la traición y el orgullo^[4]». A este respecto, David Buss, uno de los fundadores de la psicología evolutiva, afirma de modo metafórico, que son las pasiones las que nos motivan para cometer un asesinato^[5].

Un estudio llevado a cabo en 2007 sobre 336 homicidas^[6] afirma que el homicidio está lejos de ser un comportamiento homogéneo, del mismo modo que tampoco lo son los homicidas. Influyen diferentes motivaciones, diferente demografía, diferentes rasgos de personalidad y elementos ambientales dispares. Así, no solo influirán distintos factores, sino que habrá múltiples combinaciones que lleven a un sujeto a matar a una persona. Este mismo estudio señala que la mayoría de los homicidios pueden corresponder a una de estas tipologías:

- Homicidio como consecuencia de altercados, discusiones, peleas, etc.
- Homicidio cuyo objetivo no es la acción en sí misma, sino la consecuencia. Es decir, cuando intencionadamente se mata a otra persona mientras se lleva a cabo otro delito: un robo, un secuestro o una agresión se-

xual. En estos casos, el objetivo final no es matar, sino tener acceso a otros bienes.

- Homicidios cometidos en el entorno familiar: pareja, hijos u otro miembro del núcleo familiar. Aquí entran en juego tanto las emociones como el poder que tienen las relaciones humanas.
- Homicidio accidental.

La violencia puede ser una de las vías escogidas por el ser humano para dar respuesta a las necesidades, estímulos o emociones que nos mueven a diario, como la insatisfacción, el placer, el odio, el dinero, la traición, la ira, el poder o la venganza. En otros casos, nos encontramos con personas que están menos preparadas psicológicamente para el fracaso y, aunque algunas pueden lidiar con él de una manera positiva, a otros les es imposible^[7] y su respuesta está cargada de violencia. Algunos pueden responder violentamente ante la frustración y la impotencia que les genera la imposibilidad de cumplir una determinada expectativa.

Pero... ¿y si la violencia es el instrumento gracias al cual hemos sobrevivido y evolucionado como especie? Determinadas conductas como el homicidio, el asesinato, la violencia no letal, el robo o el hurto son respuestas a problemas evolutivos recurrentes que han aparecido una y otra vez a lo largo de nuestra historia^[8]. Con el tiempo, hemos ido desarrollando adaptaciones situacionales complejas que suponen un coste en determinados aspectos para otros sujetos pero que ayudan a resolver muchos problemas para nuestra supervivencia^[9]. Por ejemplo, defenderse de los ataques de otros, apropiarse de recursos ajenos, confrontar a rivales sexuales, etc.

Donald Black, sociólogo de la Universidad de Virginia, afirma que casi toda la violencia tiene que ver con cuestiones que el homicida percibe como situaciones injus-

tas: honor, infidelidad, reyertas o legítima defensa. La base de esta violencia es un conflicto interpersonal o violencia moralizante, como él la denomina. Sin embargo, solo un 10 % tiene realmente una finalidad práctica, como el robo o las agresiones sexuales (violencia predatoria^[10]).

¿Podemos considerar que el homicidio y el asesinato forman parte de la historia de la humanidad y de nuestra propia naturaleza? Para responder a esta cuestión, tenemos que alejarnos de los conceptos jurídicos y de los conceptos psicológicos, psiquiátricos y criminológicos de asesinato de la era moderna.

En las sociedades cazadoras-recolectoras^[11], nuestros antepasados violaron, asesinaron y se alimentaron de otros sujetos dentro de su proceso evolutivo, como cualquier otra especie depredadora. En la Edad de Piedra, mataron (y mucho) durante miles de años como *modus vivendi*, en un mundo donde primaba la supervivencia del más apto, hasta que finalmente surgimos como especie indiscutible. La territorialidad y el comportamiento social contribuyeron a que el nivel de violencia en la Prehistoria fuese letal. Como dice el historiador Peter Vronsky, especialista en investigación criminal, «la madre naturaleza es una psicópata cruel, con poca empatía por el sufrimiento y el dolor de su progenie^[12]».

Hace tan solo 10 000 años que terminamos de establecernos. Abandonamos la caza y la recolección para ser agricultores y comenzar a desarrollarnos socialmente. Como especie, hemos sido asesinos durante mucho más tiempo de lo que ha sido socialmente inaceptable^[13]. El *Homo sapiens*, hace 200 000 años, invadió Europa y Asia. Algunos historiadores y antropólogos afirmaron que los *Sapiens* mantuvieron una lucha armada y muy cruenta contra los *Homo neanderthalensis*, siendo los causantes de su des-

aparición hace 40 000 años. Sin embargo, estudios como los publicados en 2019 en la revista científica *PLoS one*^[14], (Universidad Tecnológica de Eindhoven) o en *Nature Communications*^[15] (Universidad de Stanford) afirman que la extinción de los neandertales se debió a causas como la endogamia, el llamado efecto Allee^[16], por las fluctuaciones naturales de las defunciones y la natalidad, así como por la transmisión de enfermedades propagadas por los *sapiens*.

Lorenz (1963), médico austríaco que estudió el comportamiento animal, determinó que cuanto más poderosa es la capacidad de matar de una especie, más intensa es su inhibición instintiva de agredir a otro de su misma especie. En raras ocasiones, depredadores como águilas, tiburones o leones se matan entre sí. Sin embargo, otros animales como las ratas, las palomas o la suricata^[17] son muy violentas con su propia especie. Y luego está el ser humano, que no solo mata a rivales y a enemigos, sino que también acaba con la vida de personas inocentes, de miembros de su familia o de desconocidos por muy diferentes razones. Incluso por el placer de hacerlo o simplemente porque puede hacerlo.

La violencia está presente desde nuestros ancestros. Y esta propensión a la violencia se hereda^[18], lo que no quiere decir que no sepamos controlarla. La evolución ha ido dando forma a la violencia humana y la violencia prehistórica ha ido cambiando a lo largo del tiempo ya que esta se ha modulado a través de la cultura. Así, la violencia humana puede verse como una estrategia adaptativa y de supervivencia.

Daly y Margo, en su libro *Homicida* (1989), afirman que ha existido un índice altísimo de muertes violentas en aquellas sociedades sin estado, y que la tasa de homicidios ha disminuido desde la Edad Media hasta la actualidad. Además, otros factores que han influido directamente en este descenso son la abolición de la esclavitud y de los castigos

cruelles, el cese de asesinatos basados en las supersticiones y el fin de las torturas judiciales. Con el paso del tiempo, la disminución de la violencia y de los actos homicidas ha caminado junto a la intolerancia y la glorificación de esta.

En la Edad Media, cerca del 10 % de los seres humanos murieron a manos de otros hombres. El filósofo inglés Thomas Hobbes (1588-1679) afirmó que, en el siglo XVII, los humanos vivían con miedo y en peligro constante de ser víctimas de una muerte violenta a manos de otra persona. La última investigación de Gómez y sus colaboradores publicada en la revista *Nature* en 2016^[19] destaca que los humanos hemos evolucionado con una propensión a matarnos los unos a los otros, que es seis veces mayor a la del mamífero promedio. Además, afirman que somos propensos a llevar a cabo períodos temporales de una extrema violencia, como entre el año 1200 y 1500 en las Américas. En trescientos años, más del 25 % de la población fue asesinada. La tasa de homicidios en la América colonial en el siglo XVIII fue de 30 asesinatos por cada 100 000 personas; en Estados Unidos en los años noventa, la tasa fue de 10 por cada 100 000^[20].

Históricamente, matar confería grandes beneficios: prevenía una muerte prematura a manos de otro, eliminaba rivales que salían muy costosos, ayudaba a obtener recursos, abortaba la descendencia de los enemigos, eliminaba a los hijastros y apartaba a futuros rivales de los propios hijos^[21].

Durante siglos, la sociedad consideró que determinados asesinos eran seres sobrenaturales envueltos en mitos y leyendas. Véase el caso de los vampiros, los hombres lobo y las brujas. Se llegó a hablar incluso de endemoniados y poseídos. En otros casos, razones más humanas como los ce-

los, el odio, la venganza, el poder, el honor o la riqueza justifican esta acción. Pero en ningún momento se llegaron a plantear que el asesinato tuviera una base patológica. Fue con la llegada del racionalismo formulado por Rene Descartes (1596-1650), cuando determinados comportamientos humanos (asesinatos sexuales, sádicos, canibalismo, necrofilia, etc.) empezaron a considerarse una perversión, llegando a definirlos como comportamientos atávicos primitivos. Fue Cesare Lombroso (1835-1909) quien argumentó que **el asesinato era un fracaso de nuestra evolución**, de modo que los asesinos y otros tipos de delincuentes violentos eran un retroceso a nuestros antecesores prehistóricos. Sin embargo, su teoría fracasó ya que defendía un determinismo criminal basado en características genéticas hereditarias que se hacían visibles en unos rasgos físicos concretos. Posteriormente, Alexandre Lacassagne (1843-1924) argumentó que los delincuentes no nacen, sino que se hacen a través de circunstancias sociales y psicológicas.

Nacemos sin civilizar, sin educar. A pesar de que la biología juega un papel importante en la conducta criminal, finalmente es nuestra socialización, nuestra crianza, el entorno en el que nos desarrollamos, los rasgos de personalidad y nuestra propia evolución lo que nos facilita una serie de inhibidores que evitan que sigamos matándonos al ritmo que lo hacíamos en la Prehistoria.

Las predisposiciones no nos convierten en asesinos, son las decisiones que tomamos las que lo hacen. Pretender predecir con exactitud una respuesta homicida es inconsistente porque si algo define nuestra conducta como seres humanos es su impredecibilidad, ya que nuestra estructura mental es muy compleja y se encuentra sujeta a una gran variedad de estímulos externos. Todos estos factores, por lo tanto, desempeñan un papel importante tanto en la activación de una respuesta violenta (homicida) como en su inhibición.

Los homicidios generan más muertes que los conflictos armados, según el informe de la Agencia de Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC, 2019^[22]). En 2017, más de 464 000 personas murieron por causas violentas. Es una cifra mucho mayor que la de personas que murieron en los conflictos armados, que fue de 89 000. Los datos de este informe muestran una realidad preocupante y es la cantidad de personas que mueren violentamente a manos de otras en el siglo XXI. Países como Venezuela, Papúa Nueva Guinea, Honduras, Sudáfrica, Afganistán, Trinidad Tobago o Brasil están a la cabeza de esta lista^[23].

LOS ÁNGELES QUE LLEVAMOS DENTRO: UN ESTUDIO SOBRE LA VIOLENCIA DEL SER HUMANO

Las investigaciones del psicólogo y científico cognitivo Steven Pinker acerca del predominio de la violencia a lo largo de la historia le han llevado a concluir que, a pesar de las guerras actuales, en nuestras sociedades modernas la violencia ha disminuido considerablemente respecto a momentos históricos pretéritos. Es más, afirma que vivimos en «la época más pacífica de la existencia de nuestra especie^[24]». A pesar de que gran parte de la sociedad cree que la violencia ha aumentado, esto se debe a cómo y a cuántas veces es representada a través de los diferentes medios de comunicación y de internet: «Si hay sangre, muéstralo». Siempre habrá suficientes noticias de muertes violentas a nuestro alcance, pero la impresión que la sociedad tiene al respecto no coincide con las proporciones reales de esta.

Hay determinados «fenómenos históricos» que han contribuido a que el nivel de violencia haya descendido:

- El nacimiento del Estado, que llevó a monopolizar la violencia y el castigo.

- El comercio, que evitó la gran cantidad de robos, asaltos y saqueos.
- El progresivo proceso de respeto, concesión de derechos, igualdad y valores a las mujeres en las diferentes culturas (a pesar de las gravísimas excepciones que siguen existiendo en determinados países, y del gran número de mujeres que mueren a manos de sus parejas o exparejas cada día en todo el mundo).
- La comprensión y adopción de puntos de vista de las diferentes culturas y sociedades y la racionalización y el conocimiento de la conducta humana.

En la actualidad, a pesar del índice de homicidios en el mundo, la modernización de nuestras sociedades nos ha llevado a ser menos violentos, sobre todo a nivel interpersonal. Determinados momentos de nuestra historia han estado caracterizados por niveles muy altos de violencia, pero este nivel ha ido disminuyendo hasta llegar a la actualidad.

Pinker, experto en explorar la psicología de la violencia, afirma que la agresividad del ser humano es el resultado de diferentes sistemas psicológicos, de modo que no se trata de un impulso único. Considera que hay una serie de **facultades mentales** que predisponen al ser humano a ejercitar diferentes clases de violencia: la ambición del dominio, la violencia depredadora o instrumental, la venganza, el sadismo y la ideología. Creo que en determinados momentos de nuestra historia, estos diferentes tipos de violencia quedaron justificados desde un punto de vista individual e institucional.

Fuente: elaboración propia a partir de Pinker, 2012.

También disponemos de una serie de facultades que nos predisponen a la paz, al altruismo, a la cooperación y a crear entornos seguros: a) la empatía, entendida como la capacidad de sentir compasión por otras personas; b) la moral, como conjunto de tabúes y normas que rigen las re-

laciones entre personas que pertenecen a una misma cultura, y que reducen las conductas violentas y homicidas; c) la racionalidad, para ejercitar el libre albedrío y decidir sobre nuestras acciones, y d) el autocontrol que nos permite inhibir nuestros impulsos en situaciones en las que otros sujetos sí cruzan el límite.

Al revisar los expedientes judiciales de algunos países europeos, los investigadores han llegado a la conclusión de que las tasas de homicidio han ido disminuyendo considerablemente a lo largo de los años^[25]. Por ejemplo, en Oxford durante el siglo XIV la tasa era de 110 asesinatos por 100 000 personas al año, si lo comparamos con la tasa de 1 asesinato por cada 100 000 habitantes en el Londres de mediados del siglo XX. Tasas similares encontramos en Alemania, Suiza, Italia, Países Bajos y Escandinavia^[26]. Pinker afirma que una de las razones de esta disminución es el proceso gradual de maduración cultural y psicológica. La cultura del honor (venganzas) ha dado paso a la cultura de la dignidad (controlar las propias emociones).

TEORÍA DE LA RESPUESTA HOMICIDA: EL HOMICIDIO COMO ESTRATEGIA DE SUPERVIVENCIA

En la fría y calculadora lógica de la evolución, a veces matar es ventajoso.

DAVID BUSS

La crueldad y la venganza son propias de nuestra humanidad y se relacionan con los instintos heredados de nuestros antepasados^[27], es decir, ejercitar la violencia para luchar por la supervivencia, por la defensa del territorio o por la familia. Pero, además, el hombre mata por placer y a sangre fría, y esto nada tiene que ver con su instinto, sino con su decisión racional de matar en busca de determinados in-